



Don Fidel y el cólera

1906-1992

AM9161

p. A 3

31-X-1992

61 Mercurio, Valparaíso

Entre las ajenas "Crónicas del Barrio Yungay", que escribió el recientemente fallecido académico de la Lengua monseñor Fidel Arnedo Bravo, hay una que habla de una epidemia que ahora, por fortuna, sólo nos rozó: el "cólera-morbus". La terrible plaga causó estragos en Chile en 1887. Gobernaba el país don José Manuel Balmaceda.

Uno de los sectores santiaguinos más vapuleados por la plaga fue el barrio mencionado. El relato, escrito con claridad, es sencillo y documentado.

En el barrio Yungay hay todavía edificaciones que tienen mucho del aire señorial del siglo pasado. Allí, en la plaza que lleva su nombre, se alza la estatua del Roto Chileno, obra del escultor Virgilio Arias. El 20 de enero es su día. Hay discursos y fiesta que dura hasta que las velas no arden. Don Fidel le dedicó unas líneas maravillosas. Por su parte, Joaquín Edwards Bello lo hizo hablar. El Roto dijo un discurso sonoro, reboante de chilenidad.

Dice el señor Arnedo que el gobierno de Balmaceda empezó en 1885 bajo auspicios siniestros. En octubre de ese año apareció el cólera en Buenos Aires y se propagó a Córdoba y Mendoza. En diciembre la autoridad chilena cerró la frontera de Uspallata. Inútil. La gente transandina huía aterrorizada y atravesaba como podía los abruptos cerros andinos.

Finalizaba 1886 cuando apareció el cólera en un pueblo cercano a San Felipe. En enero y febrero del 87 la peste llegó a otros puntos de aquella región, y a Santiago, Melipilla y Valparaíso. Murió mucha gente. Luego el bacilo colérico siguió al sur. Rancagua, Talca, Concepción y otras ciudades no se escaparon. Se contagió toda la zona central. Dice el escritor que el gobierno gastó \$ 1.007.075,88, de 18 peniques, en la lucha contra el bacilo.

Sigamos con el barrio Yungay.

Fue el más azotado. Los enfermos caían en la calle. Y en camillas hechas a la ligera eran llevados a los lazaretos. Los residentes extranjeros se empeñaban en combatir la calamidad. Formaban brigadas e improvisaban lazaretos con sus camas, como fuera. La colonia alemana construyó uno provisionalmente en la calle Esperanza, en el sitio donde hubo una fábrica de cerveza cuyo dueño era un caballero teutón. Al frente del improvisado hospitalillo estaba otro alemán, Gustavo Druske, propietario de una pe-

queña fábrica de vinagre. Este señor no tenía idea del habla castellana. Para los vecinos era muy difícil entenderse con él.

El lazareto estaba muy cerca del cementerio de los coléricos, a la orilla norte del río Mapocho. Sólo en él debía sepultarse a los muertos de cólera. En los cementerios General y Católico no se permitía hacerlo. Pero, a escondidas, se enterraba gente por la noche.

En el plano anecdótico, cuenta don Fidel que en dicho lazareto trabajaba de noche un músico militar llamado Galifardo, encargado de llevar los muertos al camposanto en un carro arrastrado por caballos. Antes de hacerlo, se echaba al cuerpo un buen trago de aguardiente. Galifardo había servido como músico en la guerra del 79. Era un chileno mulato, alto, feo, medio agachado, amigo de la charla y las bromas y harto curado.

Las farmacias del barrio Yungay, como las que había en Recoleta y La Cañadilla, pusieron, en medio de la tragedia, una nota curiosa y simpática. Dice el cronista académico que instalaron letreros con este servicial aviso: "Médico gratis a cualquiera hora ofrece esta botica".

Cuenta el escritor que durante cuatro meses, especialmente en el verano, morían en el barrio Yungay alrededor de veinte víctimas del cólera. Tan pronto caían pecados por él, eran llevados al lazareto común los chilenos, y los extranjeros a los que habían instalado las respectivas colonias. Dice también don Fidel que el temor y la intranquilidad de la población santiaguina aumentaban cada día. La gente pobre dudaba del sistema curativo empleado por los médicos. Esto, sin duda, era injusto. "Su labor, escribe, fue extraordinariamente sacrificada: trabajaban día y noche para conjurar la epidemia".

Al final, monseñor Arnedo recoge datos de un historiador sobre los efectos del cólera. Según estadística oficial del Registro Civil, el "cólera-morbus" mató a 28.432 personas. Aterrorizador.

Afortunadamente el bacilo homicida, como dijimos, no se ha enseñoreado de la tierra en que vivimos. La población sabe en qué consiste y cómo evitarlo. En mayo del año pasado leímos esto: "en Viña del Mar la gente que vive en los cerros no echa basuras en las quebradas. Estas han sido siempre focos de infección". Ejemplo vitamínico para todo el país.

Guillermo Arrieta Muñoz

El soborno puede disfrazarse con máscara de esplendor o beneficencia.

Federico el Grande

000194424

Don Fidel y el cólera [artículo] Guillermo Arrieta Muñoz.

Libros y documentos

AUTORÍA

Arrieta Muñoz, Guillermo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Don Fidel y el cólera [artículo] Guillermo Arrieta Muñoz.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile